

ÁNGELES ESCUDERO BERMÚDEZ

El error de existir



*Es una epopeya nacer
y es una epopeya vivir.
Morir,
no lo sé
todavía.*

PARTE I

Existir

1.

Si quieres saber de mí,
si vivo o he muerto,
si ahora me interesa pintar,
pintar con acrílicos,
al óleo,
con pincel,
con rotuladores
o con los dedos.
Si camino deprisa,
con una lata de pintura
y una brocha en la otra mano.
Si quieres saber
si hago grafitis
en los trenes abandonados de la estación,
en las recién encaladas fachadas
o en los muros de los parques.
Si dibujo sobre papel,
si utilizo lienzos,
blancos,
nuevos,
viejos,
reutilizados.

Si quieres saber de mí.
Si aún escribo.
Si escribo cuentos,
cuentos cortos
o novelas de mil páginas,
con capítulos,
con dedicatoria,
agradecimientos y depósito legal registrado.
Si te interesa saber
si continúo escribiendo poemas,
componiendo versos
sin atender a la rima
ni a la métrica.
Si me basta la inspiración,
el momento.
Si trabajo dos años
en unas pocas líneas
que luego tacho sin cuidado.
Si quieres saber de mí
no me busques en Facebook.

7.

Ya sé que a veces el mar
anida en mis sienes,
que todos los barcos parecen naufragar
en los arrecifes
de la frente.

Ya lo sé.

Y sé que tú reconoces
esa zozobra en mis ojos
a la deriva.

De fábrica traemos memorizado
el rumbo a la muerte.

17.

La muerte podría ser
como tomar un café frío
y sin azúcar.
O algo parecido.
Podría ser
como llegar a una estación
dos minutos tarde
y en el andén vacío
oír el sonido del tren.

PARTE II

El error

1.

Una pregunta.
Quizás inocente.
Un juego.
¿Qué salvarías?
¿Qué rescatarías?
Dime.
Piensa rápido.
Una sola cosa,
No un animal.
No una persona.
La ficción no te apremia,
la realidad sí.
No es una película
está pasando de verdad.
Te faltarán manos
y respiración.
Debes saberlo,
como ahora lo sé yo.
No elegirás.

7.

Siempre supe cuál sería el final.
Desde el principio fijé en mi pensamiento
que no habría espacio
ni tiempo
ni camino alguno
que lo evitase.
Me conformé.
Quise
dejar la vida en espera
como se hace con una llamada inoportuna,
la ternura en la bandeja de salida, sin enviar;
la felicidad, efímera como una foto de Snapchat.
Nunca mirar atrás.

18.

Olvidé mi bufanda en un tren.
Quedó abandonada,
inerte sobre el asiento vacío.
Quisiera saber si los objetos tienen sentimientos
o si la prenda perdida abrigó, sin remordimiento
[alguno,
un pecho diferente.
A veces también querría saber
por cuánto tiempo conservó mi olor.

AGRADECIMIENTOS

A Care Santos, por su lectura atenta y emocionada y por escribir, en contra de sus principios, un prólogo precioso y revelador. A Antonio Morales, que creyó en este poemario desde su primer verso. Y a Carlos Gamero, por su profesionalidad y por el cariño con el que ha tratado cada detalle.